

EXCELSIOR, 1º ABRIL, 1983
Ninguna Conspiración Contra México

Cae el Velo de la Ideología

- ★ Europa y EU Descubren Ahora a Nuestro Sistema
- ★ Desde Hace Mucho es Primitivo o Antidemocrático
- ★ Las Críticas al Gobierno no son Contra la Nación

LORENZO MEYER

En un comunicado de la Presidencia de México dado a conocer en Washington el 24 de marzo a propósito del gasto hecho en Estados Unidos en apoyo del Tratado de Libre Comercio (TLC), se denunciaba la existencia de "muchos intereses que pretenden crear tensiones y fomentar una imagen negativa del país en Estados Unidos". El documento no especificaba cuáles eran esos intereses, pero como la queja coincidió con la aparición de críticas al gobierno salinista en la prensa extranjera, cabe preguntar si tales críticas son también vistas en Los Pinos como parte del esfuerzo por crear esa "imagen negativa" de México al norte del Bravo. Esperemos que no.

Como punto de partida, conviene dejar sentado que los términos gobierno y país no son equivalentes, y mucho menos en el caso de México. Por lo tanto, que en el extranjero se hagan juicios críticos, inclusive

severos, sobre las autoridades, el gobierno o el régimen mexicano, no significa necesariamente que se haya hecho una crítica al país. Al contrario, puede ser esa una manera de delimitar responsabilidades y de no atribuir al país fallas que son exclusivas de sus dirigentes.

Hecha la aclaración, volvamos al tema. El apoyo casi unánime e incondicional que por cuatro años le ha dado la prensa norteamericana y europea a Carlos Salinas y a su gobierno, tiene pocos precedentes. Desde Miguel Alemán no había tenido lugar esa unanimidad de opiniones externas positivas sobre un mandatario mexicano y su programa, quizá porque desde entonces ningún otro había hecho coincidir, como el actual, su proyecto político con el interés norteamericano. Todavía en su edición del 4 de enero pasado, la revista Time, declaró al Presidente mexicano el hombre del año en Latinoamérica, pues el dirigente mexicano "...ha logrado, casi por sí solo, infundir energía a una nación que solía estar celosa y resentida ante el dinamismo que había el norte de su frontera".

Sin embargo, el entusiasmo a la Time, aparece hoy como el colofón de un periodo de entusiasmo excesivo de la prensa extranjera por el neoliberalismo salinista. De febrero a la fecha, los juicios de esa prensa se han vuelto más ponderados, más realistas. A las expresiones de admiración se le han añadido

ahora algunos juicios críticos.

El principio de esta especie de revisión externa del salinismo, lo hizo The Economist, que en su número de febrero dedicó quince páginas a un examen hecho por Christopher Wood de la situación mexicana. The Economist tiene una larga tradición en este campo, pues fue esa revista una de las que mejor comprendió —o que menos se equivocó— al México de la revolución. En efecto, entre 1910 y 1925, sus juicios sobre la naturaleza del dramático proceso mexicano, fueron mucho más acertadas que los de los diplomáticos de la Foreign Office, cuyos prejuicios le ganaron la partida a la luzidez.

El análisis actual de México en The Economist no escatimó elogios a la política económica de Salinas y sus tecnócratas —venta de paraestatales, privatización, desregulación, apertura frente al exterior, TLC, fin del ejido, etcétera—, pero ya no pasó por alto las incongruencias, en particular el apoyo a los grandes monopolios de los favoritos del sexenio: Telmex (100% de la telefonía no celular), Televisa (90% de la audiencia), Vitro (90% del mercado del vidrio) o Cemex (60% del mercado cementero). Sin embargo, lo realmente interesante fue que tampoco escatimó la crítica cuando abordó el tema político, el lado oscuro del neoliberalismo mexicano.

Para Wood y The Economist, la definición que más cuadra al actual sistema

político mexicano es la de "primitivo". Para empezar, está el hecho que, tras la destrucción de la URSS y del PCUS, el PRI tiene ahora el dudoso honor de ser el partido que por más tiempo se ha aferrado al poder en el mundo. En opinión de la revista, "México no es, en ningún sentido del término, una democracia. Los asuntos públicos los lleva una élite burocrática no elegida y que sólo es responsable ante el Presidente". Y este Presidente, que dispone de los poderes legislativo y judicial como otros tantos instrumentos a su servicio, posee un poder enorme, poco común "fuera del África tropical". Lo que la revista llama, la "actitud ambivalente respecto de las virtudes de la democracia" de Carlos Salinas, se explica a partir de uno de los supuestos básicos de su política: "el sufragio universal es un lujo que no se pueden dar los países subdesarrollados cuando deben de tomar una dosis muy fuerte de medicina económica". Por esas y otras razones, "México es una excepción en la parte del planeta donde se encuentra. Pues, en unión de Cuba y Haití, es uno de los pocos países latinoamericanos al que no se le puede describir como una democracia funcional". Finalmente, después de ver el programa de Solidaridad en acción, la revista británica concluye que su manera de operar tiene un tufillo de totalitarismo que resultaría inaceptable en una sociedad realmente moderna.

La crítica europea, aun-

que importante, está muy lejos de ser la que preocupe en los corredores del poder, pero la cosa cambia cuando ésta proviene de los Estados Unidos. Dada la centralidad del TLC para el éxito del programa salinista, y dada también la ausencia de los fuertes apoyos que el gobierno mexicano tuvo en el pasado dentro de la Casa Blanca, cualquier crítica en los medios informativos que forman la opinión de las élites norteamericanas es motivo de preocupación en Los Pinos. Y las aparecidas recientemente en el New York Times, Newsweek, Business Week o Time, son justamente de ese tipo.

El 8 de marzo, el New York Times abordó un aspecto del problema mexicano que ocupó el primer lugar en la conversación que tuvo lugar entre William Clinton y Carlos Salinas en Texas: el narcotráfico, concretamente el que tiene como centro lo que el diario llamó el "pequeño Medellín", es decir, Culiacán. Ahí, los ochenta asesinatos que han tenido lugar en los dos primeros meses del gobierno de Renato Vega Alvarado, llevaron a Tim Golden, corresponsal de ese diario en México, a concluir que "...a cuatro años de que el Presidente Carlos Salinas se comprometiera a hacerles la vida difícil a los narcotraficantes, éstos se han adaptado bien a la situación". Es verdad que el gobierno mexicano ha mantenido un alto ritmo de captura de drogas, pero también lo es que 70% de la cocaína que entra a Estados Unidos pasa por México. Y es igualmente cierto que, desde su prisión, Angel Félix Gallardo sigue dirigiendo su red de narcotráfico.

Sin embargo, una crítica más severa —que puso en tela de juicio la promesa presidencial de 1988 de hacer del mexicano un sistema auténticamente competitivo— apareció al día siguiente en ese mismo diario y en primera página. El título del artículo era: "Líder mexicano pide a ejecutivos que cada uno done 25 millones de dólares al partido". Se trató, claro está, de un reportaje sobre la ya famosa cena en casa de Ortiz Mena, donde Presidente Salinas se reunió con 25 ó 30 de los grandes empresarios México, para pedirles u contribución total de

CAE EL VELO DE LA IDEOLOGIA

millones de dólares para el PRI. Para Tim Golden, todo proceso de privatización significa, a la larga, una redistribución del poder en favor del sector privado, y por tanto "el Sr. Salinas está tratando de sacar ventaja de ese cambio antes de que sea tarde". Desde luego que el intento de obligar a la oligarquía neoliberal a hacerse cargo del financiamiento del partido del Estado —el corresponsal señala que hasta hoy, el PRI ha sido financiado con cuantiosos recursos provenientes del erario público— contradice "las repetidas promesas hechas por el Presidente Salinas de hacer más equitativa la competencia política en México". El Wall Street Journal, por definición un diario con un punto de vista cercano al de los grandes intereses económicos norteamericanos, también publicó ese día la misma noticia y en el mismo tono: el PRI quiere meter ahora mano en los bolsillos de los grandes empresarios como antes lo hizo en las arcas del Estado. Para la corresponsal del WSJ, el PRI ha vivido del Estado mexicano como antes el PCUS vivió del Kremlin. Ahora busca vivir como el partido dominante en Japón: de los dineros de la gran empresa, a fin de "mantener la ilusión de la democracia pero sin los riesgos de la misma".

Para Tim Padgett, corresponsal de la revista Newsweek (22 de marzo), la decisión de Carlos Salinas de dar marcha atrás en el intento de transferir cientos de millones de dólares de los cofres de los grandes empresarios privados a los del PRI, es un intento por neutralizar las críticas que tal operación despertó, no las críticas mexicanas, sino las norteamericanas, las del New York Times y el Wall Street Journal. Desde esta perspectiva, la decisión presidencial de no buscar

ya 25 ó 30 contribuciones de a 25 millones de dólares cada una para el PRI, sino muchas de 325 mil dólares, tiene por objeto convencer al Congreso norteamericano —en cuyas manos está el destino del TLC— que Salinas realmente busca hacer de México un país más democrático. Sin embargo, a estas alturas del partido, Newsweek se pregunta, si la reacción de Salinas a la crítica, no es simplemente un asunto de relaciones públicas, como en su momento fueron el cierre de la refinería de Azcapotzalco o la renuncia forzada de Ramón Aguirre a la gubernatura de Guanajuato, tras los cuestionamientos que aparecieron precisamente en el New York Times y el Wall Street Journal. La revista Time (22 de marzo) —la misma que declaró a Salinas como latinoamericano del año— se hizo eco de quienes sospechan que la relación entre los grandes empresarios de México y PRI no fue realmente cancelada, sino que ahora se dará bajo el agua.

La edición del mismo 22 de marzo del Business Week, trajo un comentario de Geri Smith sobre el mismo tema. Según él, algunos de los asistentes a la cena presidida por Carlos Salinas, donde se sirvió salmón ahumado, cortes especiales de res y helado a cambio de 25 millones de dólares —Carlos Slim, Lorenzo Zambrano o Emilio Azcárraga Milmo— han aumentado de manera espectacular sus fortunas en los últimos años. Por tanto, dos docenas de millones de dólares para alguien que controla Telmex —una empresa cuyo valor de mercado es de 26,000 millones de dólares—, no es mucho. En realidad, lo que ha sido mucho, es el costo político para Salinas, pues en esa cena perdió justamente algo de lo que más necesita ahora en Estados Unidos: credibilidad como demó-

crata, para evitar que se le vea como un autoritario más. Sin embargo, concluye Smith "Este triste episodio (de la cena del Presidente con los super ricos) muestra que cuando Salinas se reúne con sus amigos a puerta cerrada, las cosas siguen siendo como siempre han sido... La política económica quizá necesite imponerse de arriba hacia abajo, pero la verdadera democracia requiere de sensibilidad y receptividad frente a la voluntad popular —y esto es algo que Salinas y sus tecnócratas aún tienen que aprender".

En realidad, ninguna de las críticas que hoy se hacen a Salinas en la prensa británica o norteamericana es nueva, se puede afirmar que están descubriendo el Mediterráneo. Todo lo dicho en The Economist, The New York Times o Newsweek, ya se había dicho antes en México, y de mejor manera. La naturaleza autoritaria del sistema presidencial mexicano era y sigue siendo un hecho evidente. Lo era hace 20 años o en 1988 cuando la presidencia impuso a Carlos Salinas como sucesor de Miguel de la Madrid, y lo sigue siendo ahora, cuando la presidencia ofrece seguridad a los super millonarios a cambio de una contribución igualmente millonaria para mantener en el poder al mismo partido que gobierna desde hace 64 años. En realidad, lo que han cambiado no es la situación mexicana, sino la percepción del fenómeno por parte de The Economist, The New York Times o Newsweek.

En 1988, cuando la prensa y los poderosos de Estados Unidos y Europa decidieron aceptar a Carlos Salinas y sus tecnócratas como modernizadores y auténticos demócratas, aún existía la Unión Soviética y la visión neoliberal de Ronald Reagan señore-

aba en Estados Unidos y sus aliados industrializados. El interés norteamericano de entonces requería que Salinas asumiera el poder, se profundizaran las reformas neoliberales en México, y que se cerrara el paso al neocardenismo por cualquier medio. Hoy la situación es diferente. Ya no está la Unión Soviética, la guerra fría quedó atrás y Estados Unidos es ya la única superpotencia. En México, el cambio económico es prácticamente irreversible, la oposición de centro izquierda está debilitada y, en cualquier caso, su proyecto ya no es volver al estatismo del pasado. Por otro lado, el neoliberalismo a ultranza a la Reagan o Bush, ya también pasó. Bajo el liderazgo del Presidente Clinton, la confianza dogmática en las bondades del mercado está dando paso a una visión más equilibrada: ni tanto Estado como en la "Gran Sociedad" de Lyndon B. Johnson, ni tanto el mercado como en la de Reagan.

En estas circunstancias, los Estados Unidos que están discutiendo si admiten a México como el socio menor del gran mercado de la América del Norte, no tienen ya mucha necesidad de llamar al pan o al vino por otro nombre. Si ahora al pan se le puede llamar pan y al vino, vino, entonces a la gran cena de los 750 millones de dólares también se le puede llamar una alianza non sancta entre la oligarquía y el poder autoritario para impedir el arribo de la democracia a México y proteger privilegios ilegítimos. Así pues, no hay ninguna conspiración contra México, simplemente sucede que el velo de la ideología se está cayendo y el sistema mexicano aparece a los ojos de norteamericanos y europeos como lo que desde hace mucho ha sido: primitivo, autoritario o simplemente antidemocrático.